

Hablar de salvación en el ámbito escolar

Introducción

Nos proponemos presentar el tema de la salvación cristiana a partir del trasfondo de la enseñanza de la religión. Sin embargo, digamos de antemano que no se tratará de proponer recursos didácticos para aplicar a este tema, sino de presentar cuáles son los problemas que se suscitan, cuál es el contexto vivencial donde puede hacerse significativa y cuál es la estructura básica de la experiencia cristiana de la salvación que debe configurar la enseñanza global de esta materia. La argumentación partirá pues de un análisis básico de la situación tanto académica como cultural respecto al tema, centrándose luego en una descripción antropológica de lo que podría entenderse por salvación o falta de salvación, para posteriormente asentar sobre ella de manera antropológicamente significativa el discurso cristiano sobre la salvación. Durante el desarrollo de la argumentación se irán explicitando algunos elementos que el docente deberá tener en cuenta cuando afronte este tema. Comencemos, pues, acercándonos a la problemática.

Salvar la salvación. Algunos problemas.

Cada vez que intentamos acercarnos reflexivamente a un tema es necesario explicitar el punto de vista desde el que lo abordaremos para que, de esta manera, se perciba y percibamos nosotros mismos que la realidad a la que nos referíamos es más amplia que las palabras y la argumentación que la presentan, aunque sea en esta donde se manifiesta. Es en este sentido en el que afirmamos que hay que 'salvar la salvación', en especial en una cultura como la nuestra que tiende a rechazar el discurso simbólico-mítico que el hombre ha necesitado siempre para hablar de los significados más profundos de su ser y de su mundo.

Una tentación que acecha de manera constante a la enseñanza en los últimos decenios, fruto de la cultura positivista que se ha impuesto, es creer que se pueden reducir todas las realidades que se enseñan a conceptos claros y distintos. Parecería posible someter la realidad a la lógica instrumental de las ciencias aplicadas en un intento de objetualizar el ser mismo de las cosas (de todas las cosas) y poder hablar de esta realidad sin una implicación personal en lo enseñado o transmitido. Esta comprensión, que en su ámbito tantos beneficios ha producido, cree poder extenderse

a todos los ámbitos de conocimiento y así conocer cada cosa al margen de las opciones valorativas del sujeto cognoscente y de su implicación personal. Esta separación de realidad en sí y la implicación propia no vale, sin embargo, para abarcar la realidad total que ellas parecen querer explicar últimamente en todas sus dimensiones. En especial no vale en la dimensión relacional con el hombre que no es reducible a la lógica del *saber-manejar*, sino que necesita el *saber-dirigir* y el *saber-respetar* (sentido, moralidad...). Sin ellos la realidad no dice del todo nunca lo que es.

Este riesgo se hace especialmente significativo en un tema como el de la salvación que no habla de esta o aquella 'cosa', de esta o esta otra 'dimensión' del hombre, sino que busca expresar esa armonía global del conjunto de la realidad, que nunca está ahí del todo y siempre es anhelada por el hombre que no puede abarcarla ni apropiársela por más que lo intente.

Es esta una tentación igualmente activa en el discurso cristiano. Se produce cuando se habla de la salvación reduciendo su sentido a lo vulgarmente llamado cielo, en una proyección de lo bueno y en una retracción de lo malo que encontramos en el mundo. Algo ya conocido de antemano a través de representaciones que se leen como descripciones y no como símbolos de una realidad no del todo representable. O también cuando la salvación es reducida a un mecanismo claramente definido de manera clara y distinta, activado por Cristo a través del cual se abriría una puerta que da acceso a este cielo al margen nuestro.

Es importante, pues, apuntar a qué nos referiremos cuando hablemos de salvación en perspectiva cristiana. Salvación es

- *el todo de nuestra vida* y de su entorno personal y mundano *en plenitud*, algo nunca abaricable salvo en signos que lo prefiguran pues existe solo con un futuro no dado aún,
- *alcanzado por la participación en la vida de Dios*, misterio inefable,
- *a través de una relación con Cristo* siempre *in fieri*.

A los subrayados en cursiva que apuntan los contenidos, hemos añadido algunas matizaciones que apuntan cómo dicho contenido es no descriptible totalmente. La salvación es, en un sentido, solo intuida por no saber nunca lo que son la totalidad de nuestras posibilidades, además nunca es dominable por ser un don de Dios mismo que se da, y por último que está siempre en realización como una relación concreta. Olvidémonos pues de pensar en transmitir la salvación cristiana a los alumnos como un concepto claro y distinto, pensable y comprensible al margen de la propia vocación, del propio misterio del mundo y de la propia relación con las cosas y con Dios. El tema de la salvación, sea en términos generales o en su especificidad cristiana que es la que nos ocupa, no puede ser comprendido sin una implicación en la que, por otra parte, cada uno tiene hechas ya sus opciones y cuenta con sus presupuestos.

Dicho de otra manera y apuntando una tesis básica en la enseñanza de la fe, creemos que el tema de la salvación más que tema de una unidad didáctica, es un tema transversal de todas las unidades didácticas en las que se media la enseñanza cristiana.

La problemática concreta del aula

Antes de adentrarnos en un intento de explicitar las dimensiones que constituyen la salvación humana a partir de la oferta cristiana quisiéramos detenernos a comentar tres preguntas que cuestionarían este intento de enseñar la salvación en la escuela.

El cambio cultural: ¿Es posible hablar religiosamente de salvación?

Algunos sociólogos han extendido la idea de que el cristianismo, aun poseyendo una todavía amplia presencia numérica, ha sido exculturado de la vida social europea porque las nuevas percepciones de la realidad humana y la configuración social de estas ha definido/configurado una sociedad sin Dios, sin transcendencia y sin revelación. Es significativo el cambio de terminología en el tema que nos ocupa en el que se ha pasado de hablar de *salvación*, que remite a lo otorgado como plenitud más allá de las posibilidades que tiene la historia por sí misma, a hablar de *sentido*, que supone la aceptación y conformación paciente con el límite que somos adaptándolo en lo posible con nuestra acción, no más.

La salvación aparece así como posible liberación de los males que afligen al hombre a través de su misma acción. Es histórica y no da más de sí que lo que da la historia de sí. La salvación va a coincidir en esta comprensión con una historia justa creada por la actividad política, económica y cultural del hombre (grandes proyectos de liberación) o con una vida feliz acomodada a las pequeñas expectativas e intereses individuales del sujeto. Este parece ser el movimiento de comprensión de la salvación en los dos últimos siglos, cuyo punto de partida coincide con la recuperación y desarrollo secular de una idea de raigambre absolutamente cristiana: el valor otorgado al hombre como imagen y lugarteniente de Dios en el mundo (Gn 1, 27-31).

Esta idea progresivamente desarraigada de su *humus* religioso y absolutizada frente a la naturaleza y frente al individuo concreto ha sido origen de ciertas ambigüedades e incluso violencias de las propuestas salvíficas surgidas en estos últimos siglos. De ahí que estemos culturalmente de vuelta de los grandes proyectos liberadores que han dejado por el camino tantas víctimas, aunque sea verdad que han dado una altura humana al hombre, todo hombre, nunca antes conocida.

No encontramos pues cegados por una búsqueda de salvación encerrada en el estrecho espacio de nuestra limitación creatural que, creando un progreso nítidamente perceptible, no da de sí ni para serenar ni para sanar nuestros anhelos más profundos de justicia y de humanidad. Por otra parte, la solución de nuestra cultura occidental ha sido adormilar, con los beneficios de bienes exuberantes que se llaman entre sí en una sucesión indefinida, la tensión de infinito que tiene el hombre. Dios no solo se hace invisible, sino insignificante, aunque basta con despertar el propio ser en sus dinamismos más hondos para que aparezca el anhelo de algo que no se consigue saber qué es por la exculturación misma de Dios como realidad pregnante para el sujeto.

El maestro se va a encontrar un alumno al que Dios le resulta irreal como presencia que otorgue algún beneficio salvífico, beneficios salvíficos que él identificara

de manera inmediata con todo aquello que sugiera un ensanchamiento permanente de su mundo finito o con la calma y el gozo aproblemático de una vida placentera.

El nivel vital: ¿Es posible hablar de salvación a los niños?

Los niños o adolescentes se encuentran en una etapa vital donde deben apropiarse y definir su propia identidad al contacto con un mundo que se les va revelando por momentos. Sin embargo, la percepción de la salvación en sentido fuerte aparecerá, como veremos más adelante, cuando este mundo se hace insuficiente y contradictorio sin posibilidad de superación de este déficit.

¿Cómo hablar de salvación de la vida si aún no se sabe mínimamente qué es la vida, cuando aún la vida tiene posibilidades de manifestarse como ámbito de plenitud a través de experiencias como las del trabajo o las del amor... por ejemplo?

Hay dos realidades que provocan la pregunta y conforman la respuesta de lo que el hombre significa cuando plantea el tema de la salvación: la muerte y el pecado¹. Ambos definirán al hombre como preso de una configuración humillante de la que no puede librarse. Ahora bien, estos dos temas no son percibidos normalmente en los primeros momentos de la vida en su radicalidad debido a que el ser humano vive de la potencia de la vida que crece y de la voluntad creativa y definitoria sobre todo respecto al propio ser.

Esto significa que el maestro tendrá que conformarse con mostrar la salvación como reconocimiento de la gracia previa, constituyente en una especie de *teología salvífica de la creación* (configurada como atención al don que es uno y la realidad circundante para sí mismo) y una *teología salvífica de la historia* (configurada como percepción de las posibilidades de futuro a través de su libertad que le son otorgadas de continuo como llamada a hacerse a sí mismo). Ambas subrayando el sustantivo de teologías, es decir, subrayando la presencia de Dios en el origen y en el futuro, como el Dios que da y que llama, que otorga ser y vocación.

En este sentido podría explicitarse una propuesta salvífica en esta etapa en analogía con el Antiguo Testamento en el que la resurrección parece ausente casi hasta sus últimos estratos y se muestra recogida en la presencia de un Dios *creador* generoso de vida, y *liberador*, es decir, suscitador de futuro histórico.

La estrechez espacial: ¿Es posible hablar (significar) de salvación en la escuela?

Por último, nos encontramos con el problema de la reducción académica de la enseñanza de la religión que tiende a eliminar los elementos de relación y opciones personales que supone la apropiación, aunque solo sea comprensiva, de la salvación. Esta salvación es siempre una situación a la que uno se incorpora configurando su vida a través de la inserción en una comunidad de fe y en la recepción en ella de la acción de la gracia vinculada a los sacramentos y a la vida comunitaria. Ahora bien, esto

¹ Nos referimos al pecado, lo que san Pablo llama *hamartía*, y no solo a los pecados y a la conciencia de culpa por acciones concretas de las que es claro que el niño tiene experiencia concreta.

queda fuera del ámbito escolar que podrá solo apuntarlos nominativamente sin poder hacerlos espacio propio de comprensión.

La comprensión de la salvación nunca viene dada solo por la sistematización racional de los elementos que la definen, sino por la situación en la que sitúan existencialmente al sujeto dándole una perspectiva nueva. Las afirmaciones que siguen a la parábola del sembrador clarifican enormemente esto (Mc 4, 10-12). Es la conversión lo que abre las puertas de la verdadera comprensión, y esta se concreta en una confianza en Cristo vinculada a la inserción en la comunidad eclesial y en la acogida de los sacramentos como lugares de encuentro con Cristo. Esto no se puede pedir en el ámbito escolar y, por tanto, la irrelevancia salvífica, el distanciamiento objetual hacia ella, tiende a generar una incompreensión de lo que sea la salvación como vida nueva en sentido concreto.

Las dimensiones de la salvación

Dicho lo anterior, creemos que pueden encontrarse caminos de acceso a una comprensión de la salvación cristiana en el ámbito escolar ya que la salvación es un concepto previo, podríamos decir, a lo religioso, un concepto de raigambre humana, un tema antropológicamente relevante, una realidad buscada, con o sin lenguaje o experiencia religiosa.

El sujeto humano ha experimentado siempre la salvación en momentos fragmentarios de su vida, experiencia que le lanza a una búsqueda de plenitud de lo ya saboreado por los caminos que conoce. Podríamos decir que el hombre posee una *imaginación mesiánica* que nace de sus experiencias primigenias con la realidad, una realidad que, sin embargo, parece estrecharse siempre hasta agotarlas.

La salvación conocida y anhelada

Pasemos a describir estas experiencias de salvación que constituirán como un mapa intuitivo² en el interior del hombre a la hora de configurar su valoración de las cosas, su acción en ellas y su esperanza en torno a ellas. Hay que decir que según los momentos vitales estos referentes fundamentales se vivirán de diferentes maneras, pero que es en la infancia donde estos quedan inscritos en el hombre por presencia o ausencia, en relieve o vaciado, como patria fundamental que siempre buscará.

Estos referentes antropológicos de la salvación, que definen situaciones de vida, creemos que podrían resumirse fundamentalmente en los cuatro que presentamos a continuación:

- La salvación como *protección*: estar salvado es “estar a salvo”. Se trata de esa sensación atemática interior, como serán todas las situaciones que describamos en este apartado, donde el sujeto percibe el espacio y los sujetos que le rodean sin temor. Coincide con la sensación de orden (sea el que sea), con la sensación de estar envuelto por un mundo pacífico o de estar a salvo de los enemigos que se

² Cf. A. Gesché, *El destino*, Salamanca 2007, 30-43.

perciben en un mundo que no siempre lo es. Esto se vivirá en relación a los espacios físicos o a los relacionales. Por ejemplo, para un niño lo será la casa o la presencia de la madre o el padre (“no tengas miedo que estoy yo”) o el abrazo de un niño a la pierna de sus progenitores³. Para un adolescente lo será la habitación propia o la sensación que produce estar en el interior físico y relacional de una pandilla ante una situación determinada.

- La salvación como *reconocimiento*: estar salvado es “tener valor”. Se trata de esa sensación en la que el sujeto percibe que es valorado por los demás, que puede aportar algo a la vida que los demás sienten como bueno y, que en ese sentido, que es buscado para que esté. Por tanto no se trata solo de valer, sino de ser valioso. La invitación como fórmula relacional es aquí una referencia fundamental, ser invitado es tener un puesto reconocido, ser alguien, poseer la admiración de los otros. Por otra parte, se trata también de la percepción, en sentido inverso, de ser digno de recibir algo, de ser contado entre los que van a beneficiarse de algo, sea lo que sea⁴. Este ser valorado por lo que damos de sí y ser acogidos como quienes son dignos de recibir lo que consideramos valioso de los demás, eso es salvación. La salvación acontece pues, en este ámbito, como un don que ciertamente es esperable pero no obligado del otro sobre uno mismo.

- La salvación como *asombro*: estar salvado es “percibir y recibir la riqueza y las riquezas de la vida”. El asombro se produce cuando la realidad aparece, en algún sentido, deslumbrante en su riqueza para nosotros, como regalo envolvente. A la vez cuando la realidad nos devuelve nuestro trabajo que siempre tropieza con la sospecha de su eficacia, pero sobre todo cuando produce sobreabundancia sobre nuestra propia acción, mérito, trabajo. El trabajo tiene su mérito y el mérito es sobrepasado por una realidad que da de sí sin razón previa. La salvación se expresa entonces como asombro y gratitud.

- La salvación como *alegría*: estar salvado es “ser feliz”. Además la salvación es coincidente con el estado de alegría, que es fruto de la coincidencia entre el ser y el hacer. Quizá donde pueda verse esta alegría abarcando enteramente al hombre es en el juego de los niños donde se difumina la distancia entre lo que hacen y lo que son, perdiéndose la noción del tiempo e incluso del cansancio. Este es un primer esbozo de lo que habitualmente llamamos eternidad (como concepto contrapuesto al tiempo y perteneciente solo a Dios). El baile o la interpretación musical (ambos en cualquiera de sus formas) en su expresión más vivida tienden a acceder igualmente a este estado. La salvación es la ausencia de tiempo, la coincidencia con la realidad de forma armónica en un movimiento común.

³ Viendo jugar a los niños a pillar es significativa, en este sentido, la sensación y la expresión de uno que llega a la taina cuando es perseguido por otro y ya no le puede coger. O cuando un niño está huyendo de otros que le quieren pegar y llega a casa.

⁴ Esta invitación se vive en diferentes formas y espacios relacionales, como por ejemplo, la invitación a un cumpleaños, a sentarse al lado, a jugar, a un grupo de trabajo escolar, al equipo de futbol... Por ausencia se experimenta cuando en la elección de dos niños que están haciendo un equipo alguno va quedando para el final sin ser elegido por nadie...

La vida salvada aparece así como una vida definida por la confianza, la dignidad, la riqueza y la alegría, en la que la dimensión individual y la social se entrelazan sin tensiones. Esta vida salvada, que ha sido vivida ya siempre por el hombre, aunque fragmentariamente, es lo que va a constituir lo que podríamos llamar una 'memoria mítica', a la que el hombre siempre se remite como estado primigenio de su ser y que habiendo sido perdida, es buscada de continuo como un viaje a la patria de la propia humanidad. Como se sigue de nuestra breve exposición la salvación como una realidad exclusivamente individual sería un concepto sin sentido, contradictorio, una quimera. Aunque solo se pueda experimentar personalmente se configura siempre como una experiencia relacional global.

Ahora bien esta vida vivida se tematiza como vida salvada justo en el momento que se pierde, cuando la existencia accede a una forma reducida de sí misma, distante de sí, violentada. Podríamos decir que determinados acontecimientos, que pueden pasar por insignificantes, quiebran la vida del sujeto arrancándole de lo que le parece lo justo, lo natural, lo debido, lo normal... arrojándole a un espacio de distancia consigo mismo y de pobreza existencial del que ya no podrá escapar nunca por sí mismo. La salvación, que hasta entonces era solamente la vida vivida naturalmente, aparece entonces como salvación anhelada, como vida a alcanzar para ser lo que la vida pide desde sí misma para ser ella misma del todo. Aparece ahora la sensación de irredención, de haber sido entregado a una vida estrecha, frustrante, violenta, inabarcable, que sin embargo va a impulsar al hombre hacia sí mismo en su acción. Es en este contraste donde lo que es la salvación se dice en toda su hondura

Por contraste con lo vivido, estos referentes antropológicos de irredención podrían concretarse en los siguientes términos:

- La irredención es *vulnerabilidad*. No solo en cuanto sentimiento, sino como hecho real de vida. Se trata de la percepción del mundo como amenaza exterior a mí e incluso interior a mí mismo. Se experimenta en la necesidad continua de resguardo y respaldo que, sin embargo, no se consiguen nunca del todo, en la falta de fuerza para dominar la realidad, en la debilidad interior frente al movimiento de la realidad (también en mi propio ser) y la inseguridad que esto conlleva. O la conciencia del tiempo que fluye irremediamente hacia el momento de mi propia pérdida.
- La irredención es *desestima y humillación*. Coincide con el olvido en el que los demás nos dejan, con la soledad impuesta por los demás que define el propio ser como inútil y la identidad como nada, como prescindible. Se trata de aquella sensación de sentir que si no existiéramos el mundo seguiría su curso sin que nada en el universo se conmoviera, de que estorbamos si intentamos integrarnos en la dinámica de las relaciones concretas y, por tanto, del miedo a la mirada definitiva de los otros que va creando en nosotros una sensación de sospecha sobre la propia entidad y valor real⁵. Por otro lado, esta situación puede devenir en desprecio concreto y burla e incluso hasta en vejación. En esta situación la humanidad propia y la dignidad parecen difuminarse ante la definición indirecta

⁵ El ejemplo de la elección en el juego de la nota anterior es aquí significativo.

que los otros hacen de uno mismo a través de sus acciones, unas acciones que tratan el propio ser como despreciable o instrumentalizable, sujeto solo a sus intereses. La irredención aparece pues como falta de integración o expulsión del sistema de relaciones. El *bullying o acoso escolar* es aquí especialmente relevante como forma de expresión de la irredención sentida, tanto en el que lo sufre como en el que lo impone. Su violencia, en este caso, es el reverso de su autoconciencia de insignificancia si no se impone violentamente.

- La irredención como *aburrimiento*. Se trata aquí de la aparición de la distancia entre el ser y el hacer no en cuanto a la identidad global, ya que no podemos ser del todo nosotros mismos en ningún momento al ser seres históricos, sino de la implicación del ser en cada acción puntual. Lo uno depende de lo otro, aunque no se pueden identificar. En esta nueva situación el sujeto está en cada momento pendiente de otra cosa que muchas veces ni siquiera sabría concretar, como si faltara algo aunque no sepa darle nombre. Nada sacia la conciencia del tiempo personal en cada uno de sus momentos. En el movimiento de la vida poseemos una posición in-armónica que lleva (en el caso de nuestra cultura esto es algo absolutamente manifiesto) al intento de absorber actividades en la propia vida tanto diacrónica como sincrónicamente. Baste hacer una referencia a la necesidad de estar *conectado* en todo momento aunque no se sepa para qué, una de cuyas expresiones máximas es el *what's up* con el que se intenta estar en relación con distintos espacios a la vez, evidentemente sin conseguirlo. Esto deriva en un estado vital de aceleración, cansancio y apatía que es lo que llamamos aburrimiento, la no coincidencia con la realidad que somos y nos rodea en cada momento.

- La irredención como *tristeza*. Esta aparece como estado de melancolía difusa subyacente a toda actividad y toda relación. Invisible muchas veces en el fluir absorbente de la realidad en su nivel superficial, pero arraigada en las capas freáticas que irrigan nuestra vida. Nada aparece consistente. La misma realidad se manifiesta como falsa, negadora de sus promesas, y la propia identidad como esquiva e inalcanzable.

La vida irredenta aparece así como una vida definida por el miedo y la angustia, por la soledad y el dolor, por el tedio y la impotencia. Esta misma vida, por otra parte, se manifiesta como lugar de combate donde el hombre debe llegar a sí mismo y donde lo que llamábamos 'memoria mítica', al contacto con la limitación dolorosa de la realidad se configura como esperanza o 'imaginación mesiánica' que moviliza al hombre en proyectos concretos de liberación o redención en espera de un futuro donde la vida sea lo que definen sus propios dinamismos. Esta imaginación mesiánica tiene en el pueblo de Israel una forma arquetípica que explicita la salvación esperada: un espacio liberado y protegido donde vivir, un rey protector, una vida reconocida en la pequeñez propia y humillación sufrida, y un estado de sobreabundancia de bienes y belleza. Alegría, protección paz, abundancia... esto es salvación⁶.

⁶ Pueden verse como ejemplos especialmente significativos de esta imaginación mesiánica los textos de Gn 1-2, Is 66, 10-14 y Sal 72.

Antes de seguir podríamos entresacar algunas ideas que serán útiles en la posterior reflexión.

a. La realidad de la salvación, más allá de cómo se tematice en la conciencia del hombre, es un *tema humano fundamental*, el tema humano por excelencia podríamos decir. Es verdad que puede vivirse, al contacto con la experiencia de irredención, como un sueño irreal, pero entonces en lugar de desaparecer se expresará como 'búsqueda de sentido' en un mundo sin salvación. El hombre ha de medirse con este imaginario lo quiera o no, lo haga conscientemente o no. Su vida es siempre una respuesta a esta situación que podríamos definir como salvación-perdición.

b. La idea de salvación pertenece a tres situaciones diferentes de la vida humana relacionadas con la dimensión temporal. Dicho de otra manera, la salvación existe en tres estados diferentes: 1. como lo dado (aquella niñez vivida y siempre mitificada en lo que fue o se percibió que era en otros y debería haber sido para uno); como lo perdido y, por tanto, como lo anhelado y lo que impulsa la acción como el objetivo último fundamental y subyacente de la vida; por último, como lo necesario y suplicado al contacto con la propia limitación irreductible.

c. La salvación es un acontecimiento interior propio y, a la vez, un espacio exterior relacional. Es decir, se da solo en la activación de los propios dinamismos y posibilidades vitales y se experimenta como plenitud propia. Necesita, sin embargo, de un espacio relacional del que participar y del que recibir lo más propio de esta situación. El hombre debe sentirse él mismo salvado y a la vez, para que esto suceda, necesita establecer una armonía con los otros y con el mundo sin la cual la salvación se diluye en un sueño irreal (experiencia de las drogas).

d. Finalmente, para que haya realmente salvación el hombre necesita sobrepasar un límite que le constituye, a saber, su propia finitud y su culpa. Ninguno de los dos elementos pueden ser eliminados por él mismo ni por los demás. La salvación postularía así la aparición de Dios como realidad que posibilite la conclusión plenificadora de los dinamismos que el hombre descubre en sí.

La salvación acontecida

Pasemos ahora a fijarnos en la salvación tal y como la explicita la oferta cristiana. Esta es la que propiamente habría que hacer comprender en la enseñanza de la religión. A partir de ahora entraremos en un tipo de discurso distinto que parte de la revelación y se sostiene en la fe. La argumentación pretende exponer los elementos básicos de este acontecimiento de manera global sin adecuarlos a lo que en cada nivel de la enseñanza es transmisible, pero que en todos los niveles ha de ser tenido en cuenta por el maestro.

La experiencia cristiana puede ser descrita como el encuentro con el ofrecimiento definitivo de la salvación que Dios realiza a través de la historia de Jesús. "Nadie más

que él puede salvarnos, pues solo a través de él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra” (Hch 4, 12). Así pues habremos de explicitar en este apartado cómo la acción de Cristo media la misma salvación que el hombre ya conoce en algún sentido y no puede encontrar en otro.

Es muy importante superar de inicio esa comprensión de Cristo como un maestro de sabiduría o de moral, tan limitante para con su vida, y acercarse a él como el constructor de un espacio relacional histórico en el que se media la presencia de Dios como fuente de vida plena de una vez para siempre. *¿Qué es lo que hizo y cómo y por qué permanece para que pueda ser salvación ayer, hoy y siempre?*, esta es la verdadera pregunta frente a Jesús para conocerle. Él se presentó como mediador del Reino de Dios, de la soberanía definitiva de Dios sobre el mundo, a través de unas obras que ligaba a sí mismo. Será necesario ver cuál fue la cualidad de las acciones de esta historia para que pudiera canalizar la experiencia de la salvación y cómo esta se puede extender en el tiempo dando la posibilidad de una relación actual con ella para que el hombre de todos los tiempos pueda acceder a dicha cualidad salvífica. Veamos pues qué hizo Jesús presentando su actividad en el contexto de esa ‘imaginación mesiánica’ humana que hemos intentado presentar sucintamente en el apartado anterior.

Jesús, a través de su actividad, va a realizar una especie de *construcción sacramental de la salvación*, es decir, un espacio donde el hombre se sepa protegido y acogido, donde pueda descubrir la exuberancia de la realidad como riqueza para él y alegrarse de participar creativamente en ella. Todo esto en forma sacramental, es decir, a través de una historia en la que el peso de la muerte y el mal no dejan acontecer aún y del todo la vida plena, pero esta se expresa y actúa ya desde su verdad definitiva. Por eso es solo su resurrección la que va a ofrecerle como espacio salvífico pleno donde el hombre encuentre la realidad de lo salvado y, a la vez, la densidad salvífica de su acción histórica anterior, ahora ligada al resucitado eternamente.

Pues bien, los signos por excelencia de la actividad mesiánica de Jesús son sus comidas y sus curaciones y exorcismos⁷. En ellos va a explicitar históricamente la soberanía de Dios como lugar donde la historia y la creación llegan a sí mismas, a su posibilidad anhelada aunque imposible desde sí. Veamos pues como aparece Cristo en estas acciones.

- *Cristo como fuerza de vida de Dios para los hombres*. Hemos visto cómo el hombre experimenta su vulnerabilidad al contacto con la realidad. Pues bien, la acción de Cristo va a ofrecer alguna acción en la que se ve que las realidades que vulneran la vida del hombre limitándola en su expresión no tienen la última palabra sobre el hombre. Existen dos realidades frente a las que el hombre no termina de saber defenderse: la muerte y el mal. Sus mensajeros son la enfermedad y el pecado. Frente a ellos el hombre está en continua lucha que termina por experimentar como inútil, ya que la muerte y la culpa terminan por ser inextinguibles en el espacio de su vida. El enfermo y el endemoniado, el

⁷ Remito aquí, para una explicación un poco más amplia de las afirmaciones que hago, a mi pequeño libro *Jesús, el Cristo siempre vivo*, Madrid 2011, 45-53.

poseído por los lazos de la muerte y el poseído por los lazos del mal propio o de los otros, se presenta ante Cristo como signo de una humanidad vulnerable y vencida de antemano. En este contexto las curaciones y los exorcismos son signos de poder: signos en medio de la impotencia del hombre frente a la muerte y de la prepotencia del mal frente a él. En ellos Jesús manifiesta un poder que hace que el hombre prevea una posible victoria final sobre la vulnerabilidad que le constituye. De esta manera el Reino de Dios, su soberanía, aparece de parte del hombre dando un signo de su obra final ya activa sobre la realidad humana. Aparece en la acción de Jesús la superación de un límite constituyente del hombre donde la fe en el Dios creador y liberador, puede activarse hasta comprender que ya está llegando su acción final a través de este hombre que anuncia el advenimiento de la soberanía de Dios con gestos que solo Dios puede hacer (Mt 12, 28; Jn 9, 30-33). El evangelio de Lucas ha expresado esta comprensión de las obras de Jesús a través de dos de sus dichos insertos en el diálogo con sus discípulos cuando vuelven de la misión: “Mirad, os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os hará daño. Con todo, no os alegréis de que los espíritus se os sometan, sino de que vuestros nombres están registrados en el cielo” (Lc 10, 19-20). Con estos dichos Jesús manifiesta que su poder, que ahora experimentan sus discípulos en la misión, protege de los poderes de la muerte y del mal, aunque es solo signo de la salvación definitiva que espera más adelante y que por tanto hay que vivir de la fe. Con estos gestos Jesús invita a vivir *de la fe* en una soberanía de Dios sobre la creación y la historia que ya se expresa en sus obras, pero que es futura.

- *Cristo como presencia de Dios que da espacio.* El otro grupo de acciones realizadas por Jesús tiene relación con la acogida de todo tipo de hombres y mujeres venciendo las barreras sociales y religiosas que dividían a las personas y las ordenaban jerárquicamente a los ojos de Dios. Son las comidas las que, entre sus acciones, destacan en este sentido. Si los gestos con que nos acogemos o nos rechazamos tienden a definirnos como dignos o indignos en sí (primero frente a los demás y desde esta relación frente a Dios y a nosotros mismos), los gestos de acogida de pecadores y excluidos de Jesús, en cuanto gestos de la soberanía definitiva de Dios que llega, definen a todo hombre con un valor que nadie puede arrancar, ni siquiera uno mismo, a los ojos del que es su creador, el que le da la identidad concreta y última. Esta acción va a ser en muchas ocasiones altamente provocativa (Lc 19, 1-10) y va a imprimir en el mundo un principio de rehabilitación personal y social para el pecador, así definido por sus acciones, y para una sociedad ‘justa’ que se hace injusta escondiendo y proyectando sus pecados o excluyendo a los diferentes (Jn 8, 1-11; Mc 5, 1-20). Esto lo va a realizar Jesús sobre todo a través de la comunión de mesa, donde todos podrán reconocerse como valiosos y serán entregados a una relación de valoración y servicio mutuo (Mt 18, 1-14). En Cristo aparece pues la hospitalidad última de Dios que no solo acoge, sino que busca a todos y se ofrece como espacio de vida para cada uno. Es en el trato con él, incluso en el tacto con él, podríamos decir (Mc 5,24-34; Lc 7, 36-50) donde Dios mismo se manifiesta como quien arranca a los hombres de su humillación y de los dinamismos de la humillación con los que se

definen mutuamente. De esta manera la específica filiación que Jesús manifiesta frente a Dios (Mt 11, 25-27) es ofrecida como un espacio donde todos pueden comprender y recibir su identidad verdadera ante Dios, su identidad filial, que es el que verdaderamente define la identidad humana en el diseño de Dios (Lc 11, 1-4; Rom 8, 19).

- *Cristo como fuente de riqueza y alegría.* Más allá de todo el conjunto de leyes para organizar la vida como habitable, Jesús va a poner en circulación un principio de vida abarcante. Un principio de vida donde se puede acoger y culminar toda actividad y toda relación. Se trata del mandamiento del amor, incluyendo en este el amor a los enemigos (Jn 15, 9-15; Mt 5, 43-48). Este dinamismo, que aparece como la forma última que define a Dios haciendo coincidir en el el ser y el hacer, es la fuente última de la verdadera alegría.

Como hemos comentado ya, el tedio solo es eliminado por esa forma de existencia en la que se coincide en todo tiempo y lugar con uno mismo y con el mundo. Pues bien, en el amor uno siempre se descubre como fruto de una riqueza sobreabundante otorgada permanentemente para participar de la vida. De esta manera puede, reconociéndose como existencia querida, fruto de un amor originario, disfrutarla sin miedo a perderla. A la vez en el amor nos hacemos igualmente alegría para los otros al compartir la riqueza de nuestro propio ser manifestando la complacencia en la existencia del otro. Es así la vida en el amor la que se manifiesta como forma plena de inserción en la comunión global de todo lo real. Es la vida en el amor, recibido y otorgado, la confianza en su verdad última, la que hace que cada momento este lleno de sentido, sea el que sea y como sea. Es Cristo quien va a poner en marcha en la historia este dinamismo del amor en todo y hacia todos hasta el límite de vivir de este mismo amor cuando no experimenta su reciprocidad constituyente o al experimentar su contrario. Es Cristo el único que puede amar así pues está habitado por el mismo amor de Dios que le constituye esencialmente como hijo y, por eso, puede manifestarse históricamente como manantial de ese amor donde surge la realidad misma (Jn 4, 10). Es en este amor y de este amor del que Cristo invita al hombre a alimentarse para activarlo en sus mismos movimientos. Solo en Cristo se puede amar así (*“Con el amor con que yo os he amado, amaos los unos a los otros”*, quizá fuera mejor traducir Jn 13, 34). En esta forma de ser, que Cristo ofrece, las riquezas de la tierra se multiplican y no dejan espacio a la pobreza y la necesidad, tal y como se ve en los espacios que configura Cristo en su acción mesiánica. Nunca hay pobreza ni necesidad en torno a él. En el límite esto es subrayado en el relato de la multiplicación de los panes y los peces cuando la misma creación se sobrepasa a sí misma en sobreabundancia de la mano de Cristo (Mc 8, 1-9). En este episodio la acción de gracias de Jesús (reverso del amor reconocido de Dios hacia él) y el amor de Jesús a los hombres revelan explícitamente históricamente el destino de la creación como tierra de abundancia y bendición para todos. Es el amor, por tanto, lo que constituye la vida eterna para el hombre, la superación del tedio siempre amenazante en la historia, aunque en esta haya de vivirse en condiciones de distancia consigo mismo pues con el pecado ha desaparecido su reciprocidad

constitutiva. Es el amor la fuente de la alegría, un amor que se vive solo en Cristo ya que él es su manantial inagotable en la historia⁸.

Como vemos, según la lógica de nuestra argumentación, estas acciones se sobreponen a la estructura en la que el hombre vive su anhelo de salvación y su experiencia de irredención. Con estas acciones, que son acompañadas por parábolas con las que Jesús invita al hombre a situar su mirada y su acción en el mundo en una forma nueva⁹, va a construir un espacio salvífico sacramental en torno a su persona y dependiente de ella. En este espacio alrededor de Jesús el hombre podrá entregarse a una forma renovada de estar en el mundo que, sin embargo, no le sea extraña, sino que responda a sus anhelos más profundos. Por otra parte, para ser realmente salvífico este espacio existencial que crea Jesús a su alrededor deberá ser confirmado por Dios mismo otorgándole una firmeza que la presencia de la muerte y la densidad del pecado del mundo quitan a su concreción histórica. Por eso, es importante detenerse en el significado salvífico de la resurrección de Jesús, que consiste no solo en que Dios le da la razón en lo que hizo y dijo, sino en la eternización de su misma historia como lugar relacional permanente donde el hombre puede acceder ya siempre a la verdad de su salvación (Mt 18, 20; 28, 20b).

Esto es importante porque, paradójicamente, cuando Jesús, que se presenta como heraldo definitivo de la soberanía última de Dios, los hace sin una potencia que obligue a la realidad a someterse, sino en un diálogo de libertades y, finalmente, en vulnerabilidad extrema, desprecio y expulsión de la sociedad, en tristeza y angustia. Por eso en la cruz Cristo aparece históricamente negado en sus pretensiones, más allá de que él mismo las sostenga en cuanto entrega por los hombres (Mc 14, 22-24) y confianza en el Padre (Mc 14, 25.36). La historia no da más de sí desde ella misma. Solo la resurrección hace posible leer en el crucificado la presencia de Dios *como Padre* frente a Jesús que se definía ante él como hijo (Mc 14, 36), y *como amor sin límites* que define al hombre como aquel que frente a él siempre puede acceder a su verdad filial y fraterna (Lc 23, 34.43). Por eso en el cristianismo es solo ante el crucificado, a la luz de su resurrección y en relación personal con él, pero siempre en cuanto crucificado, ante el que se comprende la salvación otorgada por Dios (1Cor 1, 18-25). Ahora el crucificado, en cuanto resucitado, acoge en sí a todos como lo hacía en los días de su vida mortal, haciéndose lugar de reposo, confianza, rehabilitación, dignificación, paz y alegría del mundo. Si utilizáramos la parábola del grano de mostaza (Mt 13, 31-33) identificando la semilla con Jesús y la siembra con su vida histórica, podríamos decir que la resurrección le permite extenderse como un árbol frondoso donde el hombre puede hacer nido definitivo, lugar de donde nadie puede arrancarle

⁸ Quizá una de las mayores expresiones artísticas de este dato haya sido el aria de J. S. Bach, *Jesus bleibet meine Freude* de la cantata *Herz und Mund und Tat und Leben* BWV 147, que dice: "Jesús sigue siendo mi alegría consuelo y savia de mi corazón, Jesús me defiende de toda pena, Él es la fuerza de mi vida, el gozo y el sol de mis ojos, el tesoro y el prodigio de mi alma; por eso no quiero a Jesús fuera de mi corazón y mi vista".

⁹ Cf. D. Marguerat, *Parábola*, CB 75, Estella 1992; F. García, *Jesús, el Cristo siempre...*, 31-34.

La vida de los salvados

El encuentro con Jesús resucitado, mediado a través de su Espíritu y de su Iglesia, va a dar una conciencia concreta a la vida del discípulo que se refleja en su confesión de estar salvado en esperanza (Rom 8, 24). Esta nueva vida de salvado no es una vida sin problemas, sin dolores, incluso sin pecado, ya que está pendiente la manifestación final de esa victoria ya dada de Cristo en sí mismo sobre la muerte y el mal, pero se manifiesta como vida nueva no dominada por estas realidades, sino movida por el futuro que Dios ha revelado en la resurrección de Cristo. Hay que acoger, pues, aquella interpelante afirmación de Nietzsche de que si los cristianos están salvados como dicen no se les nota mucho, para afirmar que ciertamente la salvación se manifiesta en una forma concreta de vida o algo no está funcionando, habiéndose convertido el cristianismo en una religión más a la espera de salvación y no la religión que manifiesta la salvación definitiva ofrecida ya por Dios en Cristo.

Los elementos que manifiestan, según los textos de la Escritura y la vida de los santos, esta nueva situación humana y que dibujan en el mundo la experiencia salvífica serían: la liberación del miedo, la filiación divina, el amor a todos y la alegría. Todos ellos son fruto de una relación con Cristo que sostiene interrelacionados estos elementos a través de esa misma relación espiritual. En ellos encontramos una respuesta testimonial, y no solo ideológica, al anhelo de la salvación y la experiencia de irredención que hemos descrito de inicio. Pasemos pues a describirlos sucintamente.

- *La liberación del miedo.* Ese miedo innato en el hombre, fruto de su vulnerabilidad creatural, que de continuo le roba la paz y le hace reaccionar con violencia sobre su entorno para dominarlo y sentirse así seguro, es vencido en el creyente por la conciencia de tener una identidad resguardada en el mismo corazón de Dios, invulnerable a la muerte y fiel a su promesa de vida (Lc 10, 20; Mt 10, 26-33). La muerte queda eliminada, de esta manera, como definidora de la vida humana, aunque posea sobre ella un peso de dolor. Es la resurrección de Cristo y la experiencia de fe configurada en el cristiano en la relación litúrgica y personal con él, la que hace habitar en el creyente las palabras que el evangelio de Juan pone en labios de Jesús: “Tened ánimo, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33)¹⁰. Todos los elementos amenazadores que planean sobre la vida son leídos desde la soberanía de Dios que Cristo, compañero ya victorioso de camino, ha manifestado (Mc 6, 47-51a). Esta liberación del miedo es lo que da al ser humano una libertad que no lo esclaviza a sí mismo y su deseo de autoafirmarse o sostenerse a cualquier precio sobre el mundo, abriendo la potencias del ser humano al amor (Gal 5, 1.13-15).

- *La vida filial.* Se trata en este elemento de la identidad propia del hombre acogido en la misma vida de Dios. Si ya Jesús en su actividad histórica situó a los discípulos en su mismo espacio filial ofreciéndoles como oración lo que era su misma relación con el Padre, ahora con la resurrección Cristo ha situado al hombre

¹⁰ He expuesto una pequeña explicación de la experiencia cristiana de la salvación como comentario a este versículo en «*Tened ánimo, yo he vencido al mundo: la experiencia cristiana de la salvación*», en *Salmanticensis* 58 (2011) 19-53.

que se une a él en el mismo corazón paterno de Dios. Como dice la carta a los Colosenses estamos “escondidos con Cristo en Dios” (3, 3) o con palabras de san Pablo en su carta a los Romanos: compartiendo Cristo con nosotros su mismo Espíritu de parte de Dios hemos sido hechos en él hijos, “hijos en el Hijo”, pudiendo dirigirnos a Dios con su misma voz: *Abba* (8, 14-17)¹¹. Es esta cualidad de hijos la que nos da la identidad y dignidad definitiva, pues está se hace una con nuestro ser, poniéndolo a salvo de las humillaciones deshumanizantes que el mundo en su pecado hace pesar sobre el hombre. Son, entonces y paradójicamente, los expulsados y humillados por los sistemas humanos de relación los que experimentan realmente la alegría de la salvación en el interior de la historia pues son ellos los que encuentran aquella identidad robada que ahora la soberanía de Dios les ofrece definitivamente. Una identidad que quien se la ha robado no puede darse a sí mismo vive en la angustia escondida de tener que estar siempre defendiéndose y tener que autofundar su identidad con el dinero, el poder o su propia justicia (Lc 6, 20-26).

- *La vida en el amor.* Si hay algo que reprime el amor es el miedo a perderse en él, el miedo a perder la vida al entregarla, el miedo a la falta de reciprocidad verdadera del amor. Este miedo solo puede vencerse en la medida en que el hombre encuentre un manantial de vitalidad amante en su mismo interior, pero esta cualidad no existe en la vida finita. Por eso solo alimentándose de la misma vida de Cristo, bebiendo de él, el hombre se arraiga en el manantial de una eternidad de vida dada en la que todo aparece como un don y, de esta manera, de todo puede uno desprenderse, incluso de la vida como don definitivo, pues esta es re-creada de continuo en el amor de Dios por nosotros (Jn 7, 37-39). Por eso la fe en Cristo como salvador se prueba en la capacidad para el amor. Es el amor el que prueba verdaderamente la fe¹². El cristiano vive del amor no primariamente en el sentido de que ama, sino en el de vivir arraigado en el amor constantemente recibido (1Jn 4, 10; Jn 13, 1-15), haciendo luego de este ‘en él’ la forma propia de existencia (Jn 14, 12; Fil 2, 13)¹³. Es este amor la obra fundamental de la vida cristiana donde el creyente no solo vive ya la vida divina, sino que la ofrece sacramentalmente en la historia con sus propias obras.

- *La alegría de vivir.* Finalmente el creyente es invitado a la alegría de forma repetida. Pero no a costa de ignorar el mal o creando un mundo protegido frente al sufrimiento, en especial el de los otros. Es invitado a experimentar la alegría

¹¹ En 1Jn 3, 2 se afirma la misma idea dejando abierto a la plenificación de esta experiencia que ahora está bajo el velo de la vida mortal: “Ahora somos ya hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es”.

¹² Hay que añadir que este planteamiento no invalida la afirmación de que solo la fe permite realmente amar y que este amor, siempre limitado, se va haciendo a sí mismo en la medida en que el creyente cuida verdaderamente su relación con Dios. Se trata esta de una relación circular entre la fe y el amor, que cuando se tensa hacia uno de los dos elementos siempre deforma ideológicamente la misma experiencia cristiana.

¹³ Un texto especialmente bello que define este momento del amor en una forma plena es la estrofa 19 del *Cantico* (A) de San Juan de la Cruz: “Mi alma se ha empleado,/ y todo mi caudal, en su servicio;/ ya no guardo ganado,/ ni ya tengo otro oficio,/ que ya sólo en amar es mi ejercicio”.

como fruto de la coincidencia de su ser con el proyecto de Dios para él en el amor, de forma que en todo momento se sepa coincidente con la verdad del mundo y su futuro eterno. Todo pasa salvo el amor y nosotros en cuanto estemos configurados por él, porque esta es la vida misma de Dios que nos da forma. Es por esto por lo que San Pablo une la alegría creyente a la vida en el amor (Fil 4, 4-7). La vida cristiana es una vida eucarística, de acción de gracias en todo momento y situación debido a que pase lo que pase nuestra vida está inserta en la de Cristo (Ef 5, 15-20). Es quien se entrega a la lógica del amor el que termina por sentir que no debe buscar otra realidad en cada momento que la que vive y se vuelca en ella en un *carpe diem* sin conciencia de pérdida, ya que este *carpe diem 'in amore'* es, a la vez que vida en estricto presente, vida de futuro y eternidad, vida donde se entra en comunión con el todo a través de la parte, porque el todo es uno en el designio de amor de Dios.

Debemos terminar recordando un elemento fundamental de la estructura de la experiencia cristiana de la salvación. Un elemento que es la puerta misma de acceso a esta forma de existencia salvada, a saber, la fe. Es la fe la que nos permite acceder a la salvación (Mc 5, 5, 34; Rom 1, 17; Gal 3, 11). Una fe que no consiste solo en la creencia en Dios, sino en una entrega personal a Dios en la mediación de la vida de Cristo. Es solo en la medida en que creemos en Cristo, es decir, en que le aceptamos como espacio último y absolutamente vinculante de la soberanía de Dios, de su acción salvífica, y nos entregamos a él en imitación y seguimiento, en la que aparece esta salvación de la propia vida. Lo contrario deja al hombre, incluso en su buena voluntad, preso de su propia historia finita y pecadora. Esto es lo que Dios espera de nosotros, que le demos la confianza a su Hijo (Jn 6, 29), pues en esta confianza aparecerá su fuerza transformadora y nuestra verdadera y plena identidad¹⁴. Solo en la fe en Cristo se recibe la paternidad de Dios, su protección, su amor pues es el Hijo es lugar eterno donde Dios es esto mismo (Mt 11, 27-30). Solo la fe nos libera para el juego libre del amor. Y, a la vez, solo el amor que ofrecemos a los demás media su fe, les da la oportunidad a apropiarse de esta fe en Dios al conocer su poder vivificante (Mt 5, 16). Solo el amor ofrecido al otro le hace creer en sí mismo y en el futuro, pues es en el amor recibido donde todo hombre comienza su encuentro con la salvación como protección, dignidad y alegría. Así siendo la salvación obra de Dios, se ofrece a nuestra vida desde ella misma, como ha quedado inscrito por la eternidad en la humanidad del Hijo. En su encarnación, revelación absoluta y obra definitiva del amor mismo de Dios para el mundo, Dios ha mostrado cómo su salvación no anula al hombre con un paternalismo denigrante, sino que lo asocia a sí invitándole a desarrollar los poderes creativos del amor que suscita en él y que lo definen como *partner* salvífico de sí mismo y del mundo junto a Dios.

¹⁴ Como ha afirmado, con una frase que se ha hecho tópica en el tema, la Constitución pastoral *Gaudium et spes* 22: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado".

Algunos apuntes para la didáctica de la salvación

Después de esta presentación de la estructura interna y de los elementos de la salvación, tal y como es presentada en la experiencia cristiana, que evidentemente no puede explicitarse en estos términos a los niños y adolescentes, pero que debe tenerse en cuenta como marco global, vamos a terminar nuestra reflexión con algunas indicaciones que nos parecen importantes para la didáctica de la salvación cristiana en el ámbito escolar. Algunas de ellas no son más que aplicaciones concretas de elementos fundamentales de toda labor docente, que debido a la especificidad del tema (“tema humano fundamental”, decíamos) se hacen especialmente significativos. Los dividiremos en dos grupos que, sin embargo, están interrelacionados.

Una primera indicación global es que más allá de que la salvación cristiana pueda desarrollarse en una unidad didáctica, su relevancia aparece en la medida que atraviesa transversalmente todos los demás como punto de vista, como perspectiva de fondo. Esta transversalidad se da en el orden de los contenidos y en el orden de la relación maestro-alumno. Ya que los contenidos significados son irrelevantes sin un espacio donde puedan mínimamente visualizarse. La indicación puede comprenderse si tomamos como ejemplo la educación musical, en la que la música como tal, en su concreto acontecer, no es un momento temático más del programa, sino el fundamento donde se insertan todas las reflexiones temáticas. Por otra parte, como diremos, la misma relación docente debe vivirse, sin que haga falta que se expliciten los porqués, en una forma de presencia del maestro ante sus alumnos marcada por los dinamismos de esta salvación que se busca hacer comprender.

En relación al contenido

- Es necesario favorecer las experiencias de conocimiento hondo de la realidad, las experiencias de percepción de la amplitud de lo real, siempre más honda que la comprensión inmediata que tenemos de ella. Es necesario fomentar el asombro y la escucha, la apertura a lo dado de la realidad y de sus posibilidades continuas. Esto es fundamental para apoyar la posibilidad de comprensión de una *reflexión salvífica de la creación desde Dios*.
- Además se debe favorecer, con la manera de explicar y argumentar los temas, una mirada comprometida con la realidad personal ayudando a sentir los impulsos más hondos que se esconden en el propio ser, a descubrir los valores que uno tiene como dones propios, a percibir los imperativos de conciencia, los vacíos y los anhelos más profundos. Se debe favorecer igualmente una mirada comprometida con la realidad social, que descubra las riquezas que aporta y los déficits que la habitan, que ayude a reconocerse como miembro activo de su construcción. Es aquí donde el maestro podrá apoyar una *reflexión salvífica de la historia desde Dios* en la que uno mismo sea sujeto activo. En esta doble mirada debe aparecer la experiencia de salvación vivida y de salvación necesitada, en el sentido ofrecido por nuestra reflexión, y configurar un espacio propicio para la comprensión de la salvación cristiana. No a modo de un tema propedéutico específico, sino en una

forma interrelacional donde el ser del hombre, tal y como él lo vive, sea abierto a su máxima expresión en la fe.

Entrando en la temática propia de la asignatura de Religión, será importante tener en cuenta un par de elementos a desarrollar con profundidad:

- El primero es el conocimiento de Jesús en su hondura. Es necesario que después de la asistencia a las clases de Religión uno conozca una vida de Jesús no reducida a ese tópico de que era bueno y ayudaba a la gente. Es necesario que Jesús aparezca como un personaje con acciones y palabras concretas que se conocen y en las que se explicitaba la presencia de Dios como oferta de salvación sobre la vida y como llamada imperativa a la conversión hacia ella. Por otra parte, este Jesús debe ser conocido en cuanto viviente, en cuanto actualmente activo en relación al mundo y no solo en cuanto personaje histórico de referencia. Ha de ser conocido (quizá no aceptado en cuanto tal, pero sí conocido) como referente personal de vida. Para ello es necesario incluir en la didáctica no solo una lectura moral que utilice los evangelios a modo de historias con moraleja, sino una lectura confesante que utilice todos los escritos del Nuevo Testamento como plantilla de una forma de existencia global (de sentido y acción, con fundamento y destinación). Es necesario recuperar para la enseñanza el Cristo existente sin que esto suponga olvidar el Cristo histórico que, por otra parte, es el que realmente permanece vivo.

- Otro de los elementos, relacionado directamente con el anterior, es el aprendizaje de la sensibilidad de Jesús, más allá (no más acá) de la moral de Jesús. Se trata de comprender la forma de humanidad de Jesús como la forma plenamente humana donde el hombre accede a su verdad. Puede comprenderse lo que intento decir si tomamos la mirada de Jesús como referente: qué miraba, dónde miraba, cómo miraba, para qué miraba, desde dónde miraba, cómo reaccionaba a lo que veía... en su estar frente a Dios y frente al mundo. Es su mismo sentido humano (y no su moral) lo que apropiado llamamos salvación los cristianos, por eso conocerlo es fundamental para comprender qué es la salvación en su forma concreta.

En relación al maestro

El maestro es el centro de la enseñanza, siempre y en cualquier tema. De él depende fundamentalmente la creación de un espacio de atracción hacia los contenidos de la materia que imparte. Esto no se realiza con largas y concretas explicaciones sobre la importancia de tal materia, sino sobre todo a través del testimonio de una sensibilidad respecto a ella. En el tema que nos ocupa se hace todavía más relevante pues ha de hacer comprender una forma existencial como tierra prometida de todos los anhelos humanos. Solo si el maestro tiene esta experiencia, al menos mínimamente, podrá convertirse en un espacio cuasi-sacramental donde quede reflejada la verdad de sus palabras no solo en su argumentación, sino también en su forma de presencia y actuación en el ámbito académico.

- Por eso el maestro debe incluir en su forma docente la perspectiva salvífica. Los contenidos deben ir acompañados, en primer lugar, por una visión abarcante de la realidad dada por la misma fe salvífica que enseña que incluya su propia labor y sus relaciones académicas. Esto es lo que posibilitaba en Jesús la expresión parabólica de su enseñanza, es decir, la visualización pro-vocativa de los contenidos básicos de la fe salvífica en la vida normal. Esto no lo es todo en la enseñanza, pero creemos que es un componente esencial.
- Además estos contenidos deberían ir igualmente acompañados en el docente por esa vibración interior que suscita su significado, lo cual no quiere decir que posea cualidades didácticas excepcionales, pero sí que posea un compromiso personal con la fe salvífica que intenta enseñar y que debe moverle en su forma de ser en el ámbito académico (la clase y el colegio)¹⁵. Por eso el maestro de religión debe aparecer no solo como un simple enseñante de los contenidos de la religión, sino en esa misma tarea como testigo de una forma de vida que tiene relación con todos los ámbitos de la existencia, lo cual debería ser manifiesto de alguna forma en su relación con los alumnos, los otros profesores y el personal no docente del Centro.
- Esto hace de él un maestro testigo no de una ideología, sino de una existencia nueva, que si bien no puede mostrar siempre con su vida, puede reconocer en otros como real (que a veces no coinciden con su fe) (Mc 9, 38-41). Esto hará que su enseñanza no quede recluida a un *ghetto* ideológico insignificante, sino que aparecerá como un valor de humanidad incluso para los que no crean o incluso no estén de acuerdo con él en algunos temas.

Francisco García Martínez

¹⁵ En este sentido afirma José Jiménez Lozano que “contar una historia desde este punto de vista [la tradición bíblica] es nombrar la realidad pero, a la vez, levantar vida con palabras” y continúa recordando que “la naturaleza de la narración en la tradición judaica -y es la tradición del narrar ejemplarmente- queda consumadamente expresada en la historia contada por Martín Buber, según la cual a un rabino, cuyo abuelo había sido discípulo de Baal Shem Tov y era paralítico, le pidieron que contara una historia de su maestro y entonces el discípulo de éste contó que el santo Baal Shem Tov solía cantar y bailar mientras rezaba, y, mientras él lo contaba lo hacía también cantando y bailando, para concluir finalmente diciendo que “así es como deben contarse las historias” en *La narración, la palabra y sus milagros*, en <http://www.tramayfondo.com/actividades/congreso-VI/actas/josejimenezlozano.html> (22-8-2013).